

IGLESIA Y SOCIEDAD

(Marzo 1991)

Con motivo de los grandes cambios políticos ocurridos en Europa oriental, se ha puesto una vez más sobre el tapete el papel de la fe religiosa y de la Iglesia Católica en el seno de la sociedad.

Algunos observadores que pensaban desde su propia ubicación política y solo en esa clave, juzgaron elogiosamente los más, o en forma condenatoria los menos, el papel desempeñado por las Iglesias en los procesos de transformación que se produjeron en esos países, deslizándose sin embargo, con alguna frecuencia, hacia consideraciones o argumentos simplistas sobre las intenciones que tuvo y las metas que se proponía la Iglesia en aquel movimiento que, en breve, cambió el mapa político de Europa, al desaparecer el «campo socialista».

Al hablar de enfoques simplistas me refiero a quienes han opinado, no importa que sea en forma aprobatoria o de censura, que la Iglesia propiciaba un cambio de sistema porque perseguía o apoyaba de este modo metas políticas de grupo o de partido que se avenían a la organización de la sociedad que Ella desea para sí. He ahí justamente el simplismo que incluye, además, cierta dosis de desconocimiento acerca de la naturaleza de la Iglesia Católica, de su misión y de su Doctrina Social.

Es necesario dejar en claro que la razón última que mueve a la Iglesia en su acción pastoral, en cualquier lugar del mundo, no es ni puede ser otra que su propia misión, la misión que su Único Maestro y Señor, Jesucristo le ha confiado: anunciar el Reino de Dios; un reino de justicia, de amor y de paz, basado en el olvido de sí y en el servicio desinteresado al otro, que abarca, en su extensión, incluso al enemigo. Los cambios de orden político, tan profundos como puedan ser, con sus secuelas de nuevos regímenes de gobierno, no conciernen sino secundariamente al Reino de Dios. Lo que a la Iglesia le importa es la capacidad que ella pueda tener para realizar, en condiciones óptimas y a través de las generaciones, la obra que le ha sido confiada por el Señor con vistas a la santificación y la salvación de los seres humanos.

Ahora bien, ese Reino de Dios proclama... «dichosos a los perseguidos por buscar la justicia... a los que trabajan por la paz... a los misericordiosos porque alcanzarán misericordia». Las palabras de Jesús contienen un llamado a la acción y lanzan a los cristianos a un programa universal de servicio que abarca desde el establecimiento de la concordia y el equilibrio social hasta la atención al preso, al enfermo y al que sufre. Por esto, el espacio de libertad que recaba la Iglesia para su misión implica también el ser capaz de promover, por la acción de sus miembros, los valores humanos que están contenidos en el mensaje que Ella anuncia, de poder organizarse para la búsqueda de la Paz y la justicia y para desarrollar la acción misericordiosa que le confió su Señor.

A Ella se la debe escuchar cuando reclama misericordia, reconciliación o justicia, no como a quien está de parte de una u otra facción o en desacuerdo con una línea política determinada y a favor de otra, sino como quien tiene su propio modo de abordar los problemas del hombre y de intentar soluciones a partir del Evangelio. Sus propuestas pueden o no ser aceptadas, pero es necesario que, en cualquier caso, llegue a reconocerse la índole propia de su misión, a fin de evitar penosas simplificaciones.

En los países de Europa oriental, la Iglesia deseaba, ciertamente, mayores espacios para anunciar el Evangelio. Otros, dentro de aquellas sociedades, buscaban también sus propios espacios políticos, económicos o sociales. Pero la coincidencia en búsquedas simultáneas no significó siempre ni forzosamente identidad de puntos de vista, ni mucho menos de objetivos.

Con respecto a este modo propio de ser y de expresarse la Iglesia es oportuno traer a la memoria las declaraciones del Papa Pío XII ante un congreso internacional de historiadores en el año 1955: «La Iglesia tiene conciencia de haber recibido su misión y su tarea por todos los tiempos a venir y para todos los hombres; en consecuencia, no puede ligarse a ninguna cultura determinada... Incluso, la unidad religiosa propia de la Edad Media no le es específica, pues ella era una nota típica de la Antigüedad cristiana dentro del Imperio Romano de Oriente y Occidente, de Constantino el Grande a Carlomagno. La Iglesia Católica no se identifica con ninguna cultura; su esencia se lo prohíbe». (D. C. 1955, p. 1255).

Esta postura de la Iglesia no es indiferencia social, ni falta de patriotismo o de espíritu nacional, sino un modo superior de salvaguardar la libertad de los hijos de Dios ante los poderes de este mundo, justamente para poder servir mejor a la humanidad y la Patria. Quede como muestra reciente y evidente de esta afirmación la clara opción evangélica del Papa Juan Pablo II por la Paz, antes y durante la guerra del Golfo Pérsico. Esto le permitió hablar diáfano a las conciencias de todos los implicados en el conflicto, aun cuando para un buen número de dirigentes mundiales parecía prevalecer la fuerza de las armas.

Al desempeñar este papel, la Iglesia ni pretende situarse por encima de nadie, sino poner a Dios por encima de todo y de todos, de modo que el hombre no se pierda ni estropee nuestro mundo dejándose arrastrar por sus propias pasiones.

Creo que los no católicos, y aun los no creyentes, pueden llegar a aceptar esta intención ética, que mira a lo alto solo para que aprendamos a ocuparnos mejor del hombre y de la Tierra y lograr así que la humanidad sea realmente feliz.

Queridos hijos: en esta Semana Santa oremos por la unidad y la comprensión entre todos.

Los bendice su Obispo.